



Boletín semanal sobre
la parashá de la semana

PÁJAD DAVID

Publicado por las Instituciones Mikdash Ledavid, Israel

Bajo la presidencia y los auspicios del honorable, Morenu Verabenu, Ribí David Jananiá Pinto, shlita

Hijo del Tzadik, experimentado en milagros, Ribí Moshé Aharón Pinto, zatzal, y nieto del sagrado Tzadik, experimentado en milagros, Ribí Jaím Pinto, ziaa

maskil LEDAVID

**El propósito de los
korbanot es el de
llevar al hombre
a la teshuvá completa**

“Cuando alguno de entre vosotros presente una ofrenda a Hashem, de los animales, del vacuno o del ovejuno ofreceréis vuestro sacrificio.” (Vaikrá 1:2)

Se puede preguntar: ¿por qué los Hijos de Israel recibieron la orden de llevar sacrificios a *Hakadosh Baruj Hu*, ya sea del ganado vacuno o del ovejuno, macho o hembra? ¿Acaso no bastaba con que el hombre hiciera teshuvá por sus pecados y así se acercara a *Hakadosh Baruj Hu*? ¿Por qué había necesidad de llevar sacrificios?

Para tratar de esclarecer este asunto, primero, citaremos las palabras del Rambán (*Vaikrá* 1:9), quien escribió, acerca de los sacrificios, que cuando se degollaba el *korbán* que venía a ofrendar una persona, se rociaba la sangre del sacrificio sobre el Altar, y se quemaban el vientre y los riñones en la hoguera, teniendo en mente que todas aquellas labores que se le hacían al *korbán*, en realidad, deberían haberse practicado a la persona misma, a su propio cuerpo. Por lo tanto, el hombre tenía que imaginarse que debido a sus pecados y su culpa, él mismo era el que realmente debería haber sido degollado, quemado y ofrecido sobre el Altar de fuego de Hashem. Pero *Hakadosh Baruj Hu*, por Su infinita misericordia, había intercambiado el cuerpo del hombre pecador por el del animal; entonces, la sangre del animal había tomado el lugar de la del hombre y la vida del animal, la del hombre. Y desde el momento en el que se ofrecía el animal, todo lo que se le hacía era para expiar por los pecados del hombre. Siendo así, en el instante en el que el hombre internalizaba todo esto, de inmediato, volvía en teshuvá completa.

Y ya es sabido lo que se dice acerca de la cualidad de la anulación y el sometimiento de los animales: cuán contentos estaban ellos al ser ofrecidos sobre el Altar como *korbán* para Hashem Yitbaraj.

Y como apoyo a lo dicho, nuestros Sabios, de bendita memoria, nos cuentan una anécdota de un toro que estaba siendo llevado al Altar como *korbán*, pero que se oponía y no quería ir hacia el Altar para ser ofrendado. Entonces, llegó un judío pobre con un manojo de hierbas en la mano y se las dio al toro para comer. Con la boca llena de comida, de pronto, el toro mugió y saltó, y dejó caer una aguja que se le había trabado en la boca. Entonces recién ahí, el toro se dejó llevar al Altar como ofrenda. Todo el motivo por el que no quería ir era porque, con la aguja atascada en la boca, quizá iba a ser considerado como *terefá* y su degollación no habría servido para expiar por los pecados del hombre. Esta anécdota fue algo maravilloso.

Los animales se alegraban cuando eran ofrecidos a Hashem en el Mizbéaj, pues aun cuando no tengan una parte divina, ni alma, ni ningún poder divino, ellos, de todas maneras, desean cumplir con la voluntad de Hashem Yitbaraj.

Siendo así, toda persona tiene que aprender una gran moraleja de los animales y de los sacrificios que eran elevados a Hashem Yitbaraj, y cumplir con la voluntad de Hashem. Pero, lamentablemente, las personas andan con la cabeza en alto, orgullosas, y no se comportan con humildad ni sumisión. No aprenden la moral de los animales y no le prestan atención en absoluto al camino por el que andan.

La Torá dijo que, para rectificar los defectos causados por los pecados —ya sea los que se corresponden con los hombres o los que se corresponden con las mujeres, cada cual de acuerdo con su nivel y con su porción en la Torá—, se tienen que traer *korbanot* machos o *korbanot* hembras, según corresponda.

A esto se debe que la Torá dijera que hay que ofrendar *korbanot* de los animales, los cuales no buscan cambiar su esencia, sino que, por el contrario, reconocen cuál es su esencia, reconocen a su Creador y no se rebelan contra Él, y siempre están contentos y alegres de cumplir con la voluntad del Creador. Y ya que las personas, en contraste con los animales, son más inteligentes, el animal toma el lugar de la persona y expía por ella para que también la persona sepa, desde ese momento en adelante a Quién se lo debe todo, reconozca al Creador y cumpla con Su voluntad de todo corazón.

De acuerdo con lo dicho, se comprende muy bien el tema de los *korbanot*, y por qué los *korbanot* que se ofrecían provenían de los machos y de las hembras.

Continúa en la pág. 3 >>>

3 de nisán de 5786
21 de marzo de 2026

978

Vaikrá



Hilulá

3 de nisán

Ribí Arié Leib Grossness,
autor de *Lev Arié*.

4 de nisán

Ribí Rajamim Nisim Palaggi.

5 de nisán

Ribí Shneur Zalman,
autor de *Torat Jésed* de Lublin.

6 de nisán

Ribí Jaím Abulafia,
autor de *Etz Jaím*.

7 de nisán

Ribí Shaúl Tzadka.

8 de nisán

Ribí Eliahu Shapira,
autor de *Eliá Rabá*.

9 de nisán

Ribí Arie Levin,
el Rabino de los presos.





DEL TESORO

Basado sobre las enseñanzas
del Gaón y Tzadik, Ribí David
Jananiá Pinto, *shlita*

**La virtud de la Torá es más grande
que la de los *korbanot***

“Llamó Hashem a Moshé y habló con él desde la Tienda de Reunión, diciendo:” (Vaikrá 1:1).

Esta es la parashá con la que comienza el *Jumash Vaikrá*, el libro que trata de los *korbanot*, los sacrificios que se ofrecían sobre el Altar.

Nuestros Sabios, de bendita memoria, dicen que es preferible que los niños comiencen sus estudios con el *Jumash Vaikrá*, lo cual se encuentra aludido en el término en hebreo *vaikrá*, que proviene del verbo leer. Es decir, hay que estudiar la Torá leyéndola, porque la lectura de la Torá expía de la misma forma que los *korbanot*. Así dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria, a partir del versículo: “Esta es la ley del *Olá*, del *Minjá*, etc.”.

La Guemará (*Tratado de Rosh Hashaná* 18a) relata:

Había una familia que vivía en Jerusalem, cuyos hijos fallecían apenas llegaban a la edad de dieciocho. Al notificarle esto a Rabán Yojanán Ben Zacay, él les dijo a los miembros de aquella familia: “Quizá ustedes son descendientes de Elí Hacoén, de quien se dijo (*Shemuel I* 2:33): ‘... y todos los nacidos en tu casa morirán en la plenitud de la edad’. Así que deben dedicarse a estudiar la Torá; de esa forma, vivirán”. Así lo hicieron: se dedicaron a la Torá y vivieron. Entonces, comenzaron a llamar a esa familia por el nombre de Rabán Yojanán.

De esta Guemará, entendemos que la Torá expía más que los *korbanot* mismos. Y si es así, encontramos una dificultad: ¿por qué necesitamos ofrecer *korbanot*, si la Torá expía más que los *korbanot*? ¡Que aquel que pecó estudie Torá y sea expiado por sus pecados! ¡Además, la Torá contiene todas las curaciones y todas las *segulot*!

Lo cierto es que así debería ser, solo que los Hijos de Israel pecaron con el becerro de oro y su castigo fue que expiarían su pecado precisamente con la ofrenda de *korbanot*, pues el pecado del becerro de oro sucedió porque los Hijos de Israel, después de la entrega de la Torá, deberían haber agregado más santidad y extender la residencia de la *Shejiná*. Pero en lugar de esto, lo que hicieron fue expulsar la *Shejiná*.

Por lo tanto, la rectificación que debían hacer era traer sus *korbanot*; es decir, ofrecerse a sí mismos a la *Shejiná*. Como dice la continuación del versículo (*Vaikrá* 1:2): “Cuando alguno de entre vosotros presente una ofrenda...”; es decir que por medio de la ofrenda de *korbanot*, podrían sentir que se estaban ofreciendo a sí mismos a Hashem (véase el Rambán).

Resulta que la cualidad del arrepentimiento de la persona era proporcional a su retorno, o sea, a su acción en favor de expiar por lo que había trasgredido. Pero ahora que, lamentablemente, no tenemos el Bet Hamikdash, regresamos a la cura original, a la Torá, porque sin Torá, no hay forma de recuperarse de la caída por el pecado —*jas Veshalom*—.

Y he aquí que la Guemará (*Tratado de Sucá* 53a) dice que es preferible que el hombre no peque a que peque y vuelva en teshuvá, porque no se puede comparar un vestido nuevo a uno que se ensució y fue lavado —a pesar de que ambos están absolutamente limpios—, porque uno de los dos ya no es nuevo. Esta idea debe despertar en nosotros la conciencia sobre nuestros actos y estremecernos el corazón.



Bamsilá naalé

Pasajes de fe y confianza
en Hashem de la pluma
de Morenu Verabenu,
el Gaón, el Tzadik, Ribí
David Jananiá Pinto, *shlita*

“Quiso asentarse con tranquilidad”

En uno de mis viajes en tren, me acompañó mi *gabay*. Frente a nosotros, se sentaron un papá no judío y sus dos hijos pequeños. En el transcurso del viaje, los niños comenzaron a decir de las peores profanidades, a la vez que el padre los exhortaba, ya que él participaba también de las vulgaridades que sus pequeños decían.

Los demás no judíos que viajaban en el mismo vagón del tren, a pesar de que al principio se asombraron al escuchar niños tiernos menospreciar su boca con tales profanidades, comenzaron a entretenerse con aquello y reírse con aquel espectáculo.

En contraste, mi *gabay* y yo tuvimos que tolerar aquello durante las dos horas que duró nuestro viaje sin poder hacer nada; ni siquiera podíamos cambiarnos de lugar, pues no teníamos a dónde ir. Nos reforzamos y nos tapamos los oídos para no escuchar las palabras impuras que salían de la boca de aquella familia. Todo ese tiempo pensé, con profundo dolor, en el hecho de que, en lugar de pasar dos horas estudiando Torá con tranquilidad, pasamos dos horas de terrible sufrimiento, en condición de “quiso Yaakov asentarse con tranquilidad” (véase Rashí sobre *Bereshit* 3:2).

En esos momentos, me dije:

“Ahora mismo me corresponde recitar la bendición de ‘que no me hizo gentil’ sin mencionar el Nombre sagrado de Hashem ni Su reinado; pero mañana por la mañana, cuando diga las *Bircot hashájar*, voy a poner la intención debida en dicha bendición, porque en estos instantes puedo sentir literalmente la gran diferencia entre un judío y un gentil”.

Ese padre gentil educaba a sus hijos a injuriar la boca, y se deleitaba junto con ellos de las blasfemias que decían —*Rajmaná litzlán*—, mientras que un padre judío educa a sus hijos a estudiar Torá y cuidar de lo que sale de la boca y de lo que ve con los ojos, de que no sean palabras ni visiones prohibidas.

Tan solo por este detalle podemos decir la bendición de “que no me hizo gentil” cada día con gran entusiasmo.



Cuán dichoso es aquel que es humilde

En la parashá de los *korbanot*, se encuentra explícito el mandato de llevar *korbanot* “de los animales, del vacuno o del ovejuno”. Esto se debió a que la Torá quería acentuar que el que ofrendaba tenía que sentirse como un animal: “¡Ay de mí! ¡Qué he hecho! ¡Cómo pude hacer enojar a mi Creador!”.

El propósito del *korbán* era llevar al hombre a reducirse a sí mismo todo cuanto pudiera; y esa misma humillación lo elevaría y llevaría hasta Hashem Yitbaraj.

Aquel que se humilla y se hace pequeño amerita que *Hakadosh Baruj Hu* “descienda” donde él, como vemos que hizo Hashem al *descender* para entregar la Torá. Él dejó a un lado todas las montañas más altas del mundo y descendió sobre una montaña baja, el Monte Sinai, la cual no se consideraba de valor alguno.

En todo asunto, el hombre tiene que saber hacerse humilde. Y en lo que respecta al estudio de Torá, este es un requisito que no se puede obviar. La Torá no puede posarse en un lugar elevado, razón por la que el hombre tiene que humillarse para merecerla.

En el Talmud, Ribí Yehoshúa Ben Leví dijo: “¡Cuán grandes son ante Hashem los que se reducen a sí mismos, ya que, cuando el Bet Hamikdash estaba en pie, la persona que ofrecía un *Korbán Olá* todo lo que tenía en las manos era el haber ofrecido un *Korbán Olá*; si ofrecía un *Minjá*, todo lo que tenía en las manos era el haber ofrecido un *Minjá*. Pero sobre aquel que tenía pensamientos humildes, el versículo dice que es como si hubiera ofrendado todos los *korbanot* juntos, ya que el versículo (*Tehilim* 51:19) dice: ‘Las ofrendas de D-ios son un espíritu quebrantado...’, en que el versículo habla en plural —las ofrendas—, pues quiere decir que un espíritu quebrantado implica todas las ofrendas juntas ante Hashem. Y no solo eso, sino que la plegaria de esta persona no es rechazada, por cuanto continúa el versículo y dice: ‘al corazón contrito y humillado, oh, D-ios, no desprecias’. *Hakadosh Baruj Hu* valora las plegarias de la persona que se humilla, y Él las acepta”.

Rabenu Bajyé se explaya al escribir acerca de la virtud de la humildad, y dice que ese es todo el propósito del ofrecimiento de los *korbanot*. “Cuando alguno de entre vosotros presente una ofrenda...”; es decir, el hombre tiene que ofrendarse, cercenar de su persona lo necesario para convertirse en un *korbán* apto delante de Hashem.

Dice Rabenu Bajyé, acerca de la cualidad de la humildad: “El hombre debe ser tímido y tolerante; respetar a las criaturas y hablar lo bueno de ellas; al oír que lo avergüenzan, debe callar”. Él cita las palabras de Shelomó Hamélej (*Mishlé* 22:4): “A raíz de la humildad y el temor de Hashem, riquezas y honor y vida”. A raíz de la humildad, el hombre recibe cuatro cosas: temor, riqueza, honor y vida.

De la cualidad de la humildad, que es una cualidad corporal, el hombre puede llegar a la cualidad del temor de Hashem, que es una cualidad intelectual. Asimismo, ameritará riqueza, pero no una riqueza material, de propiedades y dinero, sino la riqueza a la que se refieren nuestros Sabios, de bendita memoria (*Tratado de Avot* 4:1): “¿Quién es rico? El que está contento con su porción”.

Un hombre como este siempre está alegre. Cuando le preguntan cómo está, responde: “¡*Baruj Hashem*, excelente!”.

Así es el humilde, siempre está contento con su porción. Por el contrario, el altanero no se satisface con todo el dinero del mundo, y siempre puede señalar aquello que “le hace falta”: “Todavía no conseguí, esto... Me falta aquello... No logré lo otro...”.

El Gaón Reuvén Elbaz, *shelita*, relató: “Cuando estuve en el exterior, se me aproximó una persona después de la tefilá de Shajarit y me dijo: ‘Rabenu, bendígame para que tenga 100 millones de dólares’, luego de lo cual procedió a contarme que el valor de todas sus posesiones ascendía a unos 50 millones. ¡Él tiene 50 millones pero no está feliz! ¡Él quiere 100 millones!”.

Cuando la persona siente que no está satisfecha con todas las posesiones que Hashem le otorgó, todo el tiempo siente la carencia. No se trata de una carencia cualquiera, sino de una carencia muy aguda, pues ¡le hace falta el doble de lo que tiene!

En contraste, el humilde amerita una vida buena, como escribió Rabenu Bajyé: “... porque el que desea los lujos se preocupa cuando no enriquece y sus posesiones no llegan a lo que desea.

Su vida no es vida pues está en constante angustia por no poder lograr lo que quiere, y la preocupación le acorta la vida. Resulta que se lamenta por un mundo que no posee.

Però el que está contento con lo que tiene, no se inquieta por lo que no tiene, sino que escapa de la preocupación y vive con tranquilidad”.

En el caso del hombre, este llevaba un *korbán* hembra para recordar así muy bien en ese momento que de haber transgredido el mandato de Hashem, era responsable por ello, y se asemejaba a una mujer, que no está obligada a cumplir todas las mitzvot que dependen del tiempo. Teniendo esto en mente, el hombre se arrepentía por completo.

Y la mujer también tenía que hacer su propia introspección, y pensar si es que acaso ella había transgredido alguna de las mitzvot que no dependen del tiempo, de las que sí está obligada a cumplir, y debía también arrepentirse de sus transgresiones. Es por eso por lo que también ellas llevaban *korbanot* machos, para recordar que tenían igualmente que rectificar sus actos. Así se comprende que también se traen *korbanot* de los animales, porque estos cumplen con la voluntad del Creador, contentos y alegres, de ser elevados sobre el Altar para Hashem.

No obstante, hoy en día, en que no tenemos el Bet Hamikdash, ni *korbanot* que ofrecer delante de *Hakadosh Baruj Hu* para expiar nuestros pecados, tenemos el estudio de Torá que ocupa el lugar de los *korbanot*. Como dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria (*Tratado de Menajot* 110a), que todo el que se dedica al estudio de Torá, es como si hubiera ofrendado un *Korbán Olá*, *Minjá*, *Jatat* y *Asham*. De esta forma, expiamos nuestros pecados y nos depuramos de las transgresiones y las faltas.

GRANDES FIGURAS DEL JUDAÍSMO



Ribí Jaím Yosef David Azulay, el Jidá

La grandiosa personalidad, de múltiples facetas y dimensiones, de Marán, el Gaón, Rabenu Jaím Yosef David Azulay, *zatzal*, mejor conocido por la sigla de su nombre en hebreo, el Jidá, ha sido siempre el símbolo y la señal de la completitud. El Creador lo dotó de todo tipo de *segulot*, tanto espirituales como materiales, de forma sinigual. Tenía una captación maravillosa, el poder de juzgar y de demostrar de forma sumamente clara; la capacidad de sopesar y de atinar al blanco; el poder de hablar y escribir de forma concisa y al grano; y poseía la sabiduría de la vida. Pero la cualidad de la humildad extrema fue particularmente sobresaliente en su personalidad. Y así escribió en su libro *Yosef Tehilot*: “Lo principal es que la humildad sea verdadera y en Nombre del Cielo; el hombre debe reconocer lo poco que vale y que tiene que servir al Creador *Yitbaraj*. Entonces, será meritorio de todas las virtudes”.

El engendramiento y el alumbramiento del Jidá estuvo envuelto en santidad y pureza. Dentro de las murallas de la ciudad antigua de Jerusalem, nació Ribí Jaím Yosef David Azulay, hijo de Ribí Refael Yitzjak Zerajá Azulay, considerado como uno de los grandes de Jerusalem, y de Sará, parienta del Gaón, Ribí Yehoshúa Folk Katz, autor del *Semá* (*Séfer Meirat Enaim*).

Ribí Jaím Yosef David Azulay nació prematuramente y casi sin vida. Las parteras prácticamente lo habían abandonado como si fuera un leño al que no se le puede hacer nada para volverlo a la vida. No obstante, su abuela lo tomó, lo apegó a su cuerpo, lo cubrió con frazadas para calentarlo y, con la voluntad de Hashem en sus manos, logró conservar e insuflar la vida en el recién nacido.

Desde muy temprana edad, comenzó a latir en el corazón del infante Jaím Yosef David el amor por el Creador y su reconocimiento. Incluyó su lomo para soportar el yugo de la Torá con gran constancia y no se movió de la Tienda de la Torá. Cumplió en su persona lo que dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria: “Este es el sendero de la Torá: pan con sal come, y agua en medida bebe, y una vida de angustia vive, y en la Torá te esforzarás”.

En su adolescencia, el Jidá comenzó a portar la pluma para escribir. No descansó ni permaneció quieto hasta el día de su muerte. Escribió más de cien obras, enriquecidas con texto de calidad, que cubrieron todos los aspectos de la Torá, desde todos los ángulos. En sus obras, el Jidá se revela como disertador y expositor, como *Posek* (‘legislador’) y como *Mekubal* (experto en temas esotéricos), como maestro de moral y ética, e investigador de los datos de las crónicas y más. En toda oportunidad que se le presentó, tanto de día como de noche, en los días de bien y de mal, tanto en el mar como en tierra firme, incluso al estar enfermo, no abandonó la pluma en ningún momento. Así, por ejemplo, el Jidá escribió sus ideas novedosas sobre *Hiljot Sotá* del Rambam, al llegar a Italia procedente de Tunicia, mientras estuvo encerrado en cuarentena —debido a una plaga que había surgido en Europa—, por una ley local italiana que le exigía guardar cuarentena antes de poder circular libremente por todo el país. Todo viajero procedente del este tenía que estar encerrado en cuarentena. Durante dicho periodo, escribió también su libro *Shem Hagedolim*, que contiene los nombres de los Sabios de las épocas, sus descendientes y los acontecimientos de la vida de ellos. En la segunda parte de dicha obra, escribió los libros de los Rishonim y de los Ajaronim y los nombres de sus autores; todo enlistado por orden alfabético.

A sus oídos, había llegado la noticia de que el maravilloso Rav, autor del *Or Hajaím Hakadosh*, Ribí Jaím Ben Atar, *zı́aa*, llegaba con varios de sus alumnos a la sagrada ciudad de Jerusalem con el fin de fundar allí una yeshivá. El Jidá permaneció en los predios en donde se encontraba el *Or Hajaím Hakadosh* durante todo el tiempo de su estadía, absorbiendo de él cuanta santidad y sabiduría pudo.

El Jidá menciona en sus múltiples libros muchísimas explicaciones, *jidushim* (‘ideas novedosas’) y *halajot* (‘leyes prácticas’) que escuchó de boca del *Or Hajaím Hakadosh*, además de *maasé Rav* (‘anécdotas que protagoniza un Rav que pone en la práctica una

halajá’) de Ribí Jaím Ben Atar, *zı́aa*, que el Jidá mismo presencié.

Sus numerosos libros, que salían a la luz pública uno detrás del otro con sorprendente frecuencia, hicieron gran eco en el mundo de la Torá, en todas las congregaciones del Pueblo de Israel, en la Tierra de Israel, en Turquía, en África del norte, en Egipto, en Polonia y en las demás tierras de Ashkenaz (Europa oriental). En la mayoría de las congregaciones de oriente, sus libros fueron bien recibidos, con admiración y asombro. Sus decretos fueron establecidos como ley definitiva, inapelables. Marán, el Rishón Letzión, Ribí Ovadia Yosef, *zatzal*, destaca en su libro de responsa *Yabía Ómer* (vol. I, *Yoré Deá*, 13), sobre las palabras de Ribí Abdala Somej, *zatzal*, dirigente de los Sabios de Babel, que los miembros de las congregaciones sefarditas aceptaron la instrucción de Rabenu el Jidá de la misma forma como aceptaron las leyes de Marán, Ribí Yosef Karo, autor del *Shulján Aruj*. Y ya dijeron los entendidos que “Desde Yosef (Marán, Ribí Yosef Karo) hasta Yosef (Marán, Ribí Jaím Yosef David Azulay, el Jidá) no se levantó uno como Yosef”.

En la noche de Shabat Kódesh, parashat Zajor, el 11 de adar 5566, fue “capturada el Arca sagrada” del Jidá; los ángeles ministeriales que lo reclamaban en el cielo les ganaron a los hombres que lo requerían en el mundo terrenal, y el Jidá falleció en buena vejez, a la edad de ochenta y seis años. El Jidá escribió 68 obras, que se corresponden con el equivalente numérico de su nombre en hebreo, *Jaím* (יח"ט). Todas fueron impresas, con la excepción de tres libros que no tuvieron el mérito de ver la luz pública: *Or Haganuz*, *Haalem Davar* y *Jadré Beten*. El Rav Neemán dijo, en nombre de su padre, que los nombres de estos libros del Jidá son la razón por la que la luz permanece guardada (*or haganuz*), y que dichos libros permanecieran *desapercibidos* (*haalem davar*) habiendo descendido estas obras a los *recovecos del vientre* (*jadré beten*) y quedar escondidos...



“Prueben y vean cuán bueno es Hashem”

Anuncio importante: *Besiatá Dishmaíá*, los shiurim de Morenu Verabenu, el Admor, Ribí David Jananiá Pinto, *shlita*, están disponibles en hebreo, español, inglés y francés

en el sitio web de Kol Halashón
o llamando directamente al teléfono

+972733-718-144

Para recibir un devar Torá a diario

de Morenu Verabenu el honorable Admor,
Ribí David Jananiá Pinto, *shlita*

- Envíe un mensaje al número apropiado -

Francés

+972587929003

Inglés

+16467853001

Hebreo

+972585207103

Español

+541141715555